

Bujalance en la conquista del Nuevo Reino de Granada: El capitán Antonio de Olalla

(Discurso de apertura del curso académico 1970-1971).

Por Antonio MARIN GOMEZ (+)

«Porque creyeron solos lo increíble,
sucedió: que los límites del sueño
traspasaron, y el mar y lo imposible...
Y es todo elogio a su valor pequeño».

(De M. Machado, en «Horas de oro»).

Acude conmigo a esta solemne cita de nuestro ritual académico, la figura de uno de estos denodados paladines, vencedores de lo imposible, el bujalanceño Antonio de Olalla, bravo capitán, acompañante de Gonzalo Ximénez de Quesada en el descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada, hoy la república de Colombia.

Nunca más propicia ocasión que la de esta noche, en que la Real Academia de Córdoba abre sus puertas y se dispone a comenzar las tareas de un nuevo curso, para que sea en su ámbito y bajo su valiosa consideración donde tenga adecuada presencia la imagen de este valeroso conquistador, que nos proponemos evocar, con la claridad y amplitud biográficas que me concedan mis pobres medios de expresión. Por lo demás, su vida ofrece motivos para llenar sobradamente el tiempo y espacio que demanda la intervención a la que preceptivamente he de dar cumplimiento.

Goza en la historia del citado país de persistente y singular recordación por su conducta, tan noble como esforzada, en la conquista y colonización inicial de su territorio. Paradójicamente, apenas si es cono-

cido en nuestra patria, quizá por la absorbente atención que sobre cronistas e historiadores han ejercido siempre las figuras cimeras de la empresa americana —Cortés, Pizarro, el propio X. de Quesada— con lamentable omisión de no pocos heroicos protagonistas en la misma, a la vez que por descuido o desamor de su pueblo natal, que presionada su existencia por motivaciones más inmanentes y vitales, no sintió en ningún momento la celosa preocupación de enaltecer y divulgar la memoria de tan alentado participante en el descubrimiento y conquista de la presente tierra colombiana, en cuya historia es honra inextinguible de Bujalance. Merece, sin embargo, hacer constar que hace unos años, concretamente en 1958, el Ayuntamiento de la ciudad mitigó en parte esta indolencia dando su nombre a una de las nuevas calles derivadas de la construcción de unos bloques de viviendas.

Sin duda, que luego de X. de Quesada es Olalla el personaje de máximo relieve entre los heroicos componentes que dieron cima a la pasmosa aventura de descubrir y someter al cetro de España los duros e indomables dominios de los indios chibchas. No falta su presencia en ninguna de las jornadas del magno suceso, promoviendo sus acciones general admiración entre sus propios compañeros, insuperables apreciadores, en cuanto «de cada uno de los cuales —precisa en su **Crónica rimada** Juan de Castellanos, uno de los primeros historiadores de la conquista—, se pudiera tejer con certidumbre, historia substancial y tal que fuera de virtud y valor ejemplo vivo». Mas siempre, repetimos, aun a los más enterados de los acontecimientos de esta asombrosa gesta, les dijo muy poco en nuestro país la relevante participación en la misma del alentado bujalanceño, no siendo raro encontrar monografías y estudios de alguna extensión que ni aun le mencionan, y en lo que respecta a nuestros historiadores cordobeses, incluso los más modernos —salvo unas breves noticias dadas por don José de la Torre y del Cerro—, no se sintieron interesados en indagar acerca de la vida de este personaje; mas bien mirado, ¿qué puede sorprendernos que se le tenga en el grupo de participantes anónimos o poco conocidos en la temeraria empresa del Nuevo Reino —como es el caso también de Hernán Venegas, Juan Tafur, Ruiz de Orejuela y otros—, si hasta hace relativamente pocos años no se profundizó en el conocimiento y difusión —y ello, por los colombianos, primeramente— sobre la vida y hazañas del propio X. de Quesada?; por cierto predestinado desde un principio a permanecer sometido a una injusta valoración de sus fabulosos méritos frente a la actitud seguida con los otros dos famosos conquistadores: Cortés y Pizarro.

Cuando repasemos ahora el «curriculum vitae» de nuestro capitán, es decir, el espectáculo de su acción militar y humana, habremos, de paso, fortalecido el concepto que define al verdadero conquistador español: nos hará recordar la valentía, la disciplina, la lealtad, junto a la serenidad, el sacrificio, la perseverancia, virtudes que constituían el selecto

potencial anímico de aquellos seres extraordinarios en los que unido al sentido religioso de la vida alentaba el valimiento de su propia grandeza. Claro es que, como hombres que eran, no dejaron tampoco de estimar los incentivos materiales de cada empresa, pero, como dice el escritor francés Jean de Babelon, en su biografía sobre Hernán Cortés, «más que del oro, que por su empleo utilitario era considerado como secundario en la ambición de los conquistadores, éstos tenían sed de resplandores». «El concepto de gloria —la gloria suprema— para un español del siglo XVI, declara «Azorín», en su precioso libro **Una hora de España**, es la «gloria de acción», y «la ambición material en el hombre de acción —concreta Salvador de Madariaga, en su magnífico estudio sobre el conquistador de México— no es más que la forma que el hambre de espacio adopta en un alma potente».

Aunque, como en todo estudio biográfico, hemos encontrado no pocas soluciones de continuidad, y que, por fortuna, la investigación colombiana no cesa de irse disminuyendo mediante el hallazgo de nuevos datos, no por ello intentamos en ningún momento servirnos de la conjetura, o, peor, de imaginación para suplir dichos vacíos informativos, por el riesgo, tan fácil, como es frecuente observar, de caer en divagaciones gratuitas y sen-

Antonio de Olalla

tar atrevidas aseveraciones. Asimismo, hemos renunciado a conceder valor biográfico a toda noticia que no tenga cuando menos indicios de autenticidad, a la vez que pasar por alto cuantos pormenores carezcan de interés para conocimiento de su existencia.

La más importante fuente documental, huelga decirlo, la hemos tenido en el Archivo General de Indias, de Sevilla, de riquísimo caudal, disponiendo igualmente de valiosos veneros en las Historias de los coetáneos fray Pedro de Aguado, Provincial de los franciscanos en Santafé, y Juan de Castellanos, Cura de Tunja, el primero testigo de vista de muchos de los sucesos que narra; y en el Memorial o **Gran cuaderno** del propio Ximénez de Quesada; en menor grado, en algunas obras de autores modernos, entre ellas la de Otero D'Acosta, Juan Freide y alguno más, así como en varios estudios y conferencias de reciente publicación; ofrecen gran importancia los dos primeros autores juntamente con Ximénez de Quesada que escribieron cuando aún vivían varios de los conquistadores, entre ellos el propio Antonio de Olalla, y de los cuales, es de suponer, recibían profusa y detallada información.

Vino al mundo Antonio de Olalla en Bujalance, alrededor de 1508. Hijo legítimo de Bartolomé González Soriano y de María de Olalla Camacho, ambos de claro linaje, adscritos a la clase de hacendados labradores de la entonces villa. Como es frecuente, las noticias relativas a su hogar y a sus primeras edades quedaron sumidas en la lejanía del tiempo. Se empieza a saber de su vida cuando, en plena juventud, se siente seducido por los nobles ideales que señoreaban ciudades y aldeas de España. La poderosa efusión del espíritu hispánico de aquellas décadas llegaba, en efecto, a todos los rincones del solar patrio. Sus hombres, conmovidos en su intimidad racial, sentían el aliento nuevo y vigoroso que les daba sorprendentes impulsos frente a las más atrevidas empresas, con las que España iba elaborando el más brillante período de su historia; aquel que, en expresión de Menéndez y Pelayo, «resiste la comparación con las edades más gloriosas del mundo». Pero así como hubo regiones —Castilla, Extremadura, Andalucía— en las que, sin duda, se manifestó más amplia y profunda aquella maravillosa conmoción del espíritu heroico y religioso de la patria, hubo, en verdad, pueblos en los que sus hombres no solamente acudieron en mayor número que los de otros lugares a nutrir el magno y sublime esfuerzo español, sino también como animados de mayor entusiasmo y de más altos empeños; y así, de esta manera, encendida y ambiciosamente, fue como respondió el alma de la pequeña población de Bujalance, que al mismo tiempo que daba un nutrido grupo de bravos soldados militantes en las campañas europeas y en las empresas de las Indias, vivía, dentro de su propio recinto, plenamente sumida en un hondo fervor religioso, sentimiento que, asimismo, no tardaría en hacer despertar en muchos de sus hombres, con análogos impulsos, una aspiración misionera.

Era de Córdoba de donde, por su proximidad y estrecha dependencia en muchos aspectos, le llegaba a Bujalance la más potente incitación; en su ámbito tenía amplias resonancias el estremecimiento que apremiaba el espíritu de los cordobeses, envueltos en un constante rumor de idealidad y fantasía, que les entraba, sobre todo, de Sevilla, avivando el deseo, hasta hacerlo irreprimible, de ser protagonistas en las contiendas europeas o sumarse a la atrayente aventura de las Indias, la alegre aventura de marchar hacia los lejanos territorios, prometedores de oro y de honor, de poder y de gloria. Y así, resuelto y seguro de su ardimiento, el joven Antonio de Olalla busca en Córdoba, en plena efervescencia de ideales, la oportunidad de alistarse bajo las banderas que operaban en Europa en ardorosa contienda. Se incorpora a los Tercios que operan en Italia; a las órdenes del capitán J. Ruiz de Orejuela interviene en los duros encuentros de Nápoles; bien pronto es elegido por éste alférez de su tropa. Entre ambos, fortalecida por el riesgo y el paisanaje, se crea una amistad que no había de romperse jamás. Cuando en 1536 el Adelantado de Canarias, don Pedro Fernández de Lugo, organiza la expedición a Santa

Marta, es considerable el número de individuos de la capital y provincia que se inscriben en aquélla, y entre ellos Antonio de Olalla, Ruiz de Orejuela, Hernán Venegas y Juan Tafur, ya veteranos soldados, bien diestros en el manejo de arcabuces, lanzas y otras armas. Además de los veintitantos cordobeses, que por haber sobrevivido a la empresa se conocen sus nombres, hay que computar— como hace observar el investigador José de la Torre— muchos más, que por dejar sus vidas en los caminos, la historia no ha registrado sus nombres». Por tan destacada participación cordobesa, por la calidad de los capitanes antes citados y por estar acaudillada por un egregio cordobés, el licenciado don Gonzalo Ximénez de Quesada, es denominada por el ya citado historiador «una gesta cordobesa», que, precisamente fue título de su discurso de apertura de esta Academia el año de 1935.

Llegados a Santa Marta, y asegurada la gobernación de la plaza, en difícil situación por aquellos días, se preparó la conquista del interior, por donde corre inquietante y poderoso el río Grande o de la Magdalena, que les traía seductoras promesas del opulento Perú. Recién llegada la expedición a Santa Marta, Antonio de Olalla participa con otros compañeros cordobeses en la pacificación de la provincia de Bonda, la de los siete pueblos y el valle de Tayrona, tierras habitadas por indios muy guerreros. Por sus brillantes actuaciones, en las que ganó fama de muy valiente y de gran estratega, Fernández de Lugo le nombró alférez general de la expedición, y recomendando a su teniente general —escribe un autor— que en sus decisiones militares tuviera siempre en consideración el parecer de Olalla.

El 6 de abril de 1536 salen, al fin, desde Santa Marta, henchidos de entusiasmo y de esperanzas en el triunfo, unos 800 hombres, entre los que ocupaban los bergantines, que al mando del licenciado Hernán Gallegos, navegarían río arriba y los que por tierra seguirían la margen derecha del mismo, mandados por el propio Ximénez de Quesada, hombre de extraordinaria personalidad, del que dice Otero D'Acosta, acaso su mejor biógrafo, «supo tirar un buen mandoble, como escribir graciosos donaires y, aún más, componer algún sermón». Hombre representativo de su tiempo, en quien tenían confluencia las letras y las armas, como el propio Cervantes, Alonso de Ercilla, Bernal Díaz del Castillo, Cortés y otros, pero que ante la Historia más que hombres de pluma lo eran de la espada. Necesariamente, ante Ximénez de Quesada habría que dar la razón a don Quijote, en su célebre discurso, en que el soldado llevó la mejor parte. Figura atrayente, simpática; el más culto entre los conquistadores, «llevó a las tierras de Colombia —escribe Juan de Freide, el más documentado historiador moderno— la afición a las letras y el amor al derecho, y dio a sus propias conquistas y a las emprendidas por algunos de sus tenientes un sentido humanitario y legalista, que en gran parte estuvo ausente de los demás compañeros».

Comenzaba una más en la lista de asombrosas acciones en que los españoles contaron únicamente con el apoyo de la Providencia. La ascensión por aquellos parajes, en lucha con la bravía naturaleza ribereña, les llevó más de un año, hasta llegar a un lugar denominado «La Tora» o «Los cuatro brazos» —por la presencia de otros tantos afluentes— a más de 800 Km. del punto de partida. Suspenden el ánimo los relatos que hacen todos los cronistas de aquellas jornadas a través de las tenebrosas selvas que orillaban el río Magdalena, escoltados día y noche por el hambre, las enfermedades, los invisibles ataques de los flecheros desde la espesura, a la vez que les obstruían todos los senderos, las nubes de insectos, de insufribles picaduras, que les seguían implacables, los asaltos imprevistos de las fieras durante la noche, y otros grandes peligros, iban diezmando aquellos esforzados hombres, que abríanse camino con el hacha y las manos, por la tupida vegetación, sólo a trechos cortada por enormes ciénagas, donde hundían sus raíces los manglares, uniendo sus ramajes en marañas inextricables, y eran guaridas de gigantescos caimanes, de los que frecuentemente eran víctimas. Llegó un momento en que la ascensión por las riberas del Magdalena se hizo impracticable, por las copiosas y persistentes lluvias que originaban grandes avenidas, lo que hizo a Ximénez de Quesada detenerse e instalar su campamento en el poblado de «La Tora», y que por ofrecer resistencia hubo que someter, en cuya operación le acompañó nuestro capitán con sólo un puñado de soldados. Llegó la Navidad de 1537; se habían rebasado ya los 21 meses de la jubilosa salida de Santa Marta; la situación se hacía por momentos más desesperada, por lo que el intrépido licenciado dispuso abandonar el curso del Magdalena e internarse tierra adentro. La vida de aquellos hombres, materialmente deshechos, y que habían visto morir por el camino más de las dos terceras partes de sus compañeros, quedaba ahora fijada hacia las altas cumbres de la inmediata sierra de Opón, que parecían cerrarles el definitivo acceso a la esperanza; aquella esperanza que les hacía sentir el triunfo antes de alcanzado, y la otra, la esperanza en Dios, que alimentaba su inagotable capacidad de riesgo. Ximénez de Quesada elige para la empresa lo mejor de su hueste, y en un ambiente de epopeya, ordena al licenciado Gallegos el regreso de los bergantines, con los enfermos y heridos, con lo cual no dejaba a aquella tropa desfalleciente más alternativa que seguir adelante; era vana toda posibilidad de retirada; sólo una salida: la victoria. «Si mucho se ha elogiado —escribe Majó Framis, en su obra sobre los conquistadores— la denodada resolución de Cortés, la de Quesada al desposeerse de los navíos que podían llevarles a comarca de castellanos, no es menor decisión, encendida de furor hispánico». «¡Brava gente aquella!», exclama Otero D'Acosta en su biografía sobre el licenciado, al comentar aquella actitud.

Aun todavía, la pasmosa aventura del Magdalena, detiene asombradas las plumas de los historiadores, e invita al espíritu de los poetas a

recorrer, en versos de estremecida devoción, la temeraria ruta por donde al reverbero de las armas penetraron, con potencialidad inextinguible, la fe, idioma y cultura nuestros, y así Guillermo Díaz Plaja, en su reciente y bello poema «España vibra en mi», dice:

«Por ahí quiero entrar,
por el cuchillo de agua azul del Magdalena
filtrándome feliz y enamorado
entre manglares donde el pez terrible
transforma una gran res en su esqueleto,
y el caimán abre su ojo vigilante.

Quiero llegar al corazón, en donde
la Santa Fe de Bogotá mantiene
la comunión del libro y de la espada».

Antes de emprender el acceso a la sierra de Opón, Ximénez de Quesada intenta encontrar información por algún indio sobre la derrota que debían tomar para cruzar aquélla; frustrada dicha tentativa, decide lanzarse, sin más demora, a la exploración de aquellas imponentes montañas, a cuyo efecto elige cierto contingente de soldados, dos capitanes y al siempre diligente y valeroso Antonio de Olalla. Les concede de plazo diez días para recibir noticias, y que, por el parecer de los designados, se amplió hasta veinte, al final de los cuales, si no volvían —dijeron—, los diesen por muertos. Refiere el P. Aguado, que despidiéndose del general, sencillamente, sin alteración alguna, se lanzaron hacia lo desconocido con sus armas a cuestas y en sus mochilas, como sustento, un poco de maíz tostado. Agrega dicho cronista —a cuya narración nos sujetaremos preferentemente— que «se entraron por la alta y espesa sierra que ni se dejaba entender ni conocer, por haber tupido monte, con sitios en que difícilmente les llegaba la claridad del sol»; en tanto, arrimado a un árbol, muerto de hambre, quedaba un compañero; más allá, otro era arrebatado por la fiera o agonizaba un herido por flecha envenenada... Luego de dramáticas vicisitudes, dieron al fin con un indio, que bajo amenazas, acabó por indicarles el camino que les llevaría al lugar donde se hacían los panes de sal —que era el objetivo primordial de averiguación, en cuanto signo de actividad humana—, caminaron aún tres días, y adelantándose el intrépido Olalla con unos pocos soldados llegaron a un valle, que llamarían luego del Alférez, así por haber sido descubierta y explorado por él, con antelación a los demás, como por su temeraria decisión de quedar posteriormente en aquel lugar, como ahora diremos. Unidos de nuevo a los restantes compañeros, alcanzaron luego un segundo valle, que denominaron de La Grita, y a poco dieron vista a «la tierra abierta y habitada»; estaban ante la espléndida planicie de Bogotá, corazón del imperio de los «chibchas», y que pronto lo sería del Nuevo Reino de Granada. Próximo

a finalizar el plazo pedido al general, regresaron a La Tora, donde había quedado éste con el resto de la gente, a darle la nueva de las tierras descubiertas, y fue entonces, cuando al atravesar de nuevo el valle descubierto por Olalla, apiadado éste de cinco compañeros que en lastimoso estado no podían caminar, resuelve permanecer allí junto a ellos y correr su misma suerte. El historiador Piedrahita, comentando esta noble actitud, declara que «la resolución de Olalla aun habiéndosela aconsejado la necesidad, siempre pareció temeraria»; allí quedó casi cuatro meses en un pequeño bohío, esperando el regreso de toda la expedición, siendo objeto, entre tanto, de frecuentes ataques de los indios, de los que varias veces salió herido, pero «era tanta su bravura en la defensa —subrayan, sin excepción, los cronistas— que acabó asegurándose en aquel valle, que por este motivo y el propio de su descubrimiento fue denominado «Valle del Alférez». Cuando aquella heroica vanguardia comunicó la feliz noticia a Ximénez de Quesada, a la sazón gravemente enfermo, ordenó éste la inmediata conquista de aquellos territorios, a lo que la gente, atendiendo a su estado, quiso disuadirle, ante las 40 leguas (es decir, más de 200 Kms.) de travesía por la sierra y el número, cada vez más reducido, de soldados de que se disponía —unos 220—, pero —como manifiesta el P. Aguado— un hombre del temple del licenciado se comprende que prefiriese la gloria a la vida y se aprestase a correr el riesgo, casi seguro, de hallar la muerte en la empresa, antes de renunciar a llevar ésta a término». El académico de la Real de la Historia Jerónimo Becker, en sus notas a la 1.^a edición española de la obra del ilustre franciscano, agrega: «Así eran aquellos hombres y así realizaron la epopeya más grande que registra la Historia». Y por que no es concebible fuerza humana que emprenda proezas con tan débiles recursos, y sin posibilidad de socorro, en aquella salvaje orografía, hay autor, como Salaverría, que tratando de semejantes hazañas, escribe, que «en ellas hallan evidencia las enormidades de los libros de caballería».

Metidos ya por las fragosas sierras de Opón, tuvieron que ir venciendo incontables dificultades y peligros en tanto recogían algunos pequeños grupos de soldados que por diversas causas habían quedado por el camino, hasta llegar al valle del Alférez, en donde hallaron el grupo más avanzado, bajo el mando de Olalla, al cual con algún otro encontraron herido». A través de los relatos precedentes (los últimos tomados por Oviedo, del **Cuaderno** de Ximénez de Quesada) sobre la conquista, hemos ido conociendo la heroica actuación del capitán bujalanceño. Vamos a añadir a dicha ejecutoria lo manifestado por dos testigos que participaron en aquella empresa, cuyas declaraciones figuran en la «Probanza de servicios», de Olalla, solicitada por su yerno don Francisco Maldonado, en 1590, y de cuyo original, existente en el Archivo General de Indias, poseemos copia en su totalidad. Uno de los declarantes, Juan Sánchez de Toledo, dice, entre otras cosas: «que no había escaramuza, reconocimien-

to de tierras y otros cometidos, en los que no actuase de una manera sobresaliente, y todos conocían era el más valeroso soldado que allí venía, y a su sombra los soldados acometían los más temerarios sucesos de muy buena gana; se distinguió en someter a los «panches», que estaban limítrofes de la ciudad de Santafé, gente muy belicosa y valiente; en lucha con ellos, Olalla hacía milagros». Igualmente elogioso, pero más trascendente en lo que concierne a su aspecto como conquistador, es lo manifestado por el capitán Juan Montalvo por haberle acompañado en la difícil aventura de la sierra de Opón: refiere cómo Olalla se antepone siempre en los lugares de más riesgo, con buen ánimo y mucha valentía; «este servicio del descubrimiento del valle fue muy grande, porque dio principio del total descubrimiento de este Reino, y, además, fue ocasión de que no pereciese toda la gente del campo; capitán ninguno de los que entraron en este Reino le hizo ventaja; todos reconocían el valor de dicho capitán». Y, en fin, pasando por alto otras declaraciones coincidentes en lo ya expuesto, cerraremos este punto haciendo constar que durante los numerosos y reñidos encuentros con los indios, Olalla fue herido en diez ocasiones, quedando manco del brazo izquierdo, como consecuencia de una de aquellas lesiones.

Cuando remontadas las impresionantes montañas de Opón, aquellos 168 hombres —número a que quedó reducido el ejército de 800 soldados que formaron la expedición—, agotados, descalzos, a punto ya de perecer, contemplaron, al fin, la anhelada tierra rasa, la altiplanicie de Cundinamarca y Bogotá, la tierra de los panes de sal, las esmeraldas y las mantas de colores, dieron todos repetidas gracias a Dios. Sublime momento, que en conmovidos versos trae a evocación E. Carranza, cuando dice:

«El viento volaba sobre las plegarias.

La espada de Quesada, persignaba

para siempre jamás el aire andino».

De la confianza depositada por Ximénez de Quesada en el valor y lealtad de Olalla, es prueba que en todas las situaciones de mayor riesgo se le encuentra siempre a su lado; en razón a la brevedad sólo haremos referencia a la creada en el asalto al palacio del cacique Tunja. Informado Ximénez de Quesada de la autoridad y riquezas de aquél, y sospechando de que hiciese armas contra ellos, se aprestó a tomarle la vez, sorprendiéndole en su propio palacio, y someterle; refieren los cronistas que «llegados al asalto Ximénez de Quesada en compañía del capitán Olalla y de otros 10 compañeros fueron los primeros que entraron dentro, luego de cortar con su espada el dicho capitán las fuertes ligaduras y amarras de la puerta principal que fuertemente cerrada les impedía ganar tiempo; les siguieron los demás con el fin de hecerles espaldas». Rompiendo por gran caterva de gente —precisa en su relato el Obispo Piedrahita— lle-

garon hasta el aposento donde estaba Quiminchatecha, el Zaque de Tunja. Con el intento de ganar su confianza, el general se dispuso a abrazarle, lo que provocó la reacción de los indios que se aprestaron a impedirlo, creándose una peligrosa situación; entonces Olalla «que era caballero de gran fuerza y valor» —precisa el cronista—, le acometió y echó mano para sacarle del cercado y ponerle bajo custodia de los españoles. Irritados los indios, se entabló desigual combate, estando a punto de perecer Ximénez de Quesada, Olalla y sus acompañantes, que se defendían bravamente de los numerosos indios que les cercaban. Cuando salvada la situación quedó el Zaque prisionero, ordenó Quesada a su gente que le fuese guardado el decoro debido a ser príncipe, confiándosele a nuestro capitán la guardia del mismo. La respetuosa y noble conducta del valiente licenciado mostrada con el vencido, ofrece en la Historia penoso contraste con la seguida poco después con el sucesor de éste, Zaquezazipa, mandado ejecutar por Hernán Pérez de Quesada, que, a la sazón gobernaba el Nuevo Reino, por hallarse en España su hermano don Gonzalo, y, asimismo, con el joven Aquiminzaque, señor de Tunja, también condenado a muerte, a cuyo respecto —subraya Piedrahita— Hernán Venegas y Antón de Olalla fueron los únicos capitanes principales que intercedieron ante Hernán Pérez en su favor, haciendo valer la sinrazón de su muerte, la mancha que caería sobre la fama de los conquistadores y el error de repetir la falta cometida con Zaquezazipa, conceptos que no fueron atendidos por el mal aconsejado Jefe del Reino. La actitud de estos capitanes la recoge el historiador R. Majó Framis en su libro **Conquistadores españoles del siglo XVI**, llamándolos «piadosos». Honorable actitud la manifestada por estos hombres magnánimos, que lejos de su patria, honraban así su tierra cordobesa.

Pasando por alto bastantes pormenores, hemos seguido la trayectoria militar o de conquista de Antonio de Olalla; haremos ahora breve recorrido por los otros capítulos de su actividad civil o ciudadana.

Pacificados aquellos territorios, y reprimidas las peligrosas incursiones de los «panches» —indios antropófagos, uno de los pueblos más crueles y duros de aquellas regiones—, Olalla, uno de los fundadores de Bogotá, estableció su vivienda en la recién trazada calle principal donominada Real. En dicha población, capital del Nuevo Reino de Granada, y hoy de la República de Colombia, gozó Olalla de general estimación y siempre admirado por sus notables proezas. En premio a sus servicios, recibió la rica «Encomienda de Bogotá, la más valiosa de todo el país», de la cual le fue expedido título en 1547, cumpliendo mandato de la Corte, por el Presidente de la Real Audiencia, Díaz de Armendáriz. Aunque disfrutando de una bien ganada paz, tuvo su espada siempre dispuesta para la acción, en servicio de España y del Rey; y, así, levantó tropas para ir en socorro de Pedro Lagasca, contra Gonzalo Pizarro y, también, frente a la rebelión de Lope de Aguirre; en tal ocasión, en que el poder Real,

se vio tan gravemente amenazado en las Indias, fue elegido, por Provisión Real, con fecha de 13 de noviembre de 1561, a propuesta de la Audiencia y Chancillería, Jefe de la Infantería de Santafé, teniendo bajo su mando hasta unos 200 soldados. En la «Probanza de méritos», anteriormente mencionada, se incluye traslado de dicha Provisión, en la que, entre cosas al respecto, se lee: «confiando de vos, el dicho Antonio de Olalla, de vuestra fidelidad, buena diligencia y cuidado y experiencia en las cosas de la guerra...».

Olalla contrajo matrimonio, en primeras y únicas nupcias, con doña María de Orrego y Valdaya, hija de don Gaspar de Orrego y Valdaya, caballero del hábito de Cristo, y de doña Margarita Pérez Botello, vecinos de Punta Delgado, en la isla de San Miguel (Azores), de cuyo matrimonio tuvo ocho hijos, seis de los cuales murieron durante la infancia. De los dos que sobrevivieron hablaremos más adelante.

De aquella singular consideración de que Olalla gozaba en los ambientes social y político de Santafé, son prueba las muchas veces que resultó elegido para detentar elevados cargos; así, fue Regidor del Cabildo, los años 41 y 42, por elección, y perpetuo desde 1544; desempeñó la Alcaldía en cuatro ocasiones; la última en 1573. Con fecha de 6 de julio de 1543, el Adelantado don Alonso Luis de Lugo, del que Olalla era Jefe de su Guardia de Honor, le designó sustituto en el Gobierno de la ciudad, durante el tiempo de su viaje a España. En 28 de agosto de 1544, el Capitán General y Teniente de Gobernador en la provincia de Santa Marta, don Lope de Montalvo, le elige para sustituirle en todos sus cargos, en tanto duren sus negocios en la ciudad de Tunja «por ser vos persona de quien podía fiar», se lee, asimismo en la referida «Probanza», y, en fin, para no prolongar esta relación, diremos que fue miembro, junto a Ximénez de Quesada, de la Junta creada en 1557 para atender a los problemas de urbanismo, vías de comunicación y otras obras de carácter público de la ciudad de Santafé, ya en plena actividad de desarrollo.

En el curso de los días, se va haciendo cada vez más apremiante en Antonio de Olalla el natural deseo de visitar su pueblo natal; volver a contemplar desde las torres de la vieja alcazaba mora, los bellos panoramas que lo circundan; entrar en sus iglesias y ermitas, pasear por sus calles y plazas y evocar por doquier los tiernos sucesos de sus años de infancia y de mocedad, y, así, en 1552, haciendo realidad aquel anhelo, entra de nuevo en Bujalance, donde pasa largos meses entre sus familiares y amigos. ¡Cuánto gozaría envuelto en la cordialidad y admiración de sus paisanos, que asombrados y no exentos de orgullo, escucharían los relatos de las pasmosas acciones en que fue protagonista, y que testificaban las cicatrices de sus diez heridas y la manquedad de su brazo izquierdo!. De nuevo en Santafé, elige como residencia habitual la apacible vida del campo, que le ofrece la posesión de su extensa Encomienda de Bogotá. Es de pensar que en esta decisión no dejarían de actuar las impresiones

que le llegaran, en sus primeras edades, desde el ambiente campesino de su rincón nativo y del propio hogar, invadido de esencias labradoras, y, que adormecidas en su intimidad, renacerían con agradables impulsos en aquellos días de contacto con su pueblo. Para el posible cultivo y desarrollo en su hacienda trajo consigo diversos tipos de semillas y castas de ganado, que, acaso, constituyeron los primeros ensayos de aclimatación de dichos productos españoles, en aquella zona del agro colombiano, entonces en un nuevo y prometedor alborear. Su conducta con los indios de su repartimiento —se acercaban a los mil— fue siempre buena hasta el punto de estar considerado como «el mejor encomendero» de la provincia. Claro es, que hubo ocasión en la que no obstante, fue, como los más, blanco de alevosas acusaciones, como las formuladas respecto a la enseñanza religiosa de los indios de su Encomienda, y sobre las que pronto resplandeció la verdad. Es sabido cómo aquellos conquistadores, que en premio a sus servicios disfrutaban de pingües mercedes, era un sector social muy envidiado; así eran, en verdad, víctimas de las circunstancias, que encendían contra aquéllos los debates de los frailes y de los oidores, las consiguientes quejas del pueblo sometido, etc.; por eso, recuerda más de un autor, que «si no todos, en su gran mayoría venían a quedar rehabilitados».

Muy pronto vino a ensombrecer la honda felicidad de su retiro la muerte de su único hijo varón, don Bartolomé, a quien, recientemente, el Rey, atendiendo los deseos de su padre, «tan esforzado servidor» —dice el documento— y a propuesta unánime de la Real Audiencia, con fecha de 21 de enero de 1576, le concediera el título de alférez general perpetuo con voto preeminente en los Cabildos. Con su esposa, sólo quedaría ya para mitigar su dolor la presencia de su hija Jerónima, por cierto mujer de extraordinaria belleza, que, por doquiera, despertaba general admiración, y que a través de los cronistas de la época, y con ocasión de ciertos sucesos, que referiremos someramente, ha pasado a la historia de Colombia con el sobrenombre de «la bella Encomendadora». En efecto, todos relatan, cómo la hermosura de esta mujer —por otra parte, la dama más rica del Nuevo Reino, como heredera única de la valiosa Encomienda de Bogotá—, fue causa de profundas rivalidades, nada menos, que entre el propio Visitador General del Nuevo Reino don Juan Bautista Monzón, del Consejo de S. M., que se proponía casarla con su hijo, don Fernando, y el Presidente de la Real Audiencia, don Lope Díez de Armendáriz, declarado opositor a dicho enlace, oposición favorecida por la resistencia del propio padre de aquélla, capitán Olalla. Tal apasionamiento, además de perturbar las buenas relaciones entre las autoridades, alteró de tal modo la paz en la sociedad de Santafé, que acabó dividiéndose en dos grupos de enconados partidarios. Las incidencias que en el ámbito de la población llegó a provocar doña Jerónima —«la más empingorotada rica hembra de la colonia neogranadina»— han sido recogidas no sólo por la

historia, sino que ha servido de tema a no pocos literatos nacionales. Aún no hay estudio de carácter serio que trate de la vida colonial de aquellos días, que con mayor o menor extensión deje de hacer relato de aquel lejano y palpitante suceso.

Triunfante, al fin, el propósito del Visitador, se verificó la boda en Santafé, en abril de 1580. Mas, a poco, falleció el esposo, don Fernando, sin dejar descendientes. Casó en segundas nupcias, con don Francisco Maldonado de Mendoza, Caballero de Santiago y sobrino de don Pedro González de Mendoza, gran cardenal de España, alférez real de la Armada de Indias, bajo el mando del general Pedro Meléndez, en 1573, alcanzando el grado de almirante. Según Freide «fue, acaso, el personaje más importante entre los que pasaron de España al Nuevo Reino, a fines del siglo XVI». Gracias a este segundo matrimonio, que tuvo por fruto dos varones y dos hembras —una de ellas casó con don Francisco Venegas Ponce de León, caballero de Calatrava, hijo del valeroso cordobés Hernán Venegas— impidió el destino que el venero de virtudes que enriquecían la sangre de nuestro conquistador se extinguiera, haciendo, por el contrario, que tomando rumbo por el cauce de su linda hija, llegase, a través de las generaciones intermedias, hasta el presente, haciendo ennoblecer y elevar el potencial anímico de muchas generaciones de colombianos, que tienen esta ascendencia como el más honroso tesoro de su linaje. No más lejos que en 1938, y con ocasión del centenario de la fundación de Bogotá, vio la luz un folleto del que fueron autores los historiadores R. Rivas y J. M.^a Restrepo, en que se hacía relación de más de cien familias descendientes del conquistador. En los postreros años que precedieron a su muerte, el capitán Olalla, afectado de un proceso visual —posiblemente cataratas— había ido penetrando en el tenebroso mundo de la ceguera. Ya su mirada no podría detenerse en las elevadas cumbres de las sierras, escenarios de sus proezas, ni contemplar la espléndida hermosura de su hija, ni los rosales ni alhelíes de los huertos de su hacienda, que le hacían evocar, con dulce melancolía, su tierra natal. En 30 de mayo de 1581, hizo testamento en Santafé (el original se conserva en el Archivo de Bogotá); a poco ocurrió su fallecimiento, teniendo dispuesto que se le enterrase en la capilla del Rosario, en la iglesia de Santo Domingo, pero a la muerte de su esposa, en 1589, se trasladaron sus restos, con los de ésta y los de sus hijos, a la capilla que tenía dotada el matrimonio en la Catedral.

Próximos ya los cuatro siglos de su muerte, Colombia sigue rindiendo a este personaje, uno de los creadores de su nacionalidad, honrosa evocación. Y así, no hay itinerario histórico, que parta de su lejano pasado, en que no tenga presencia o cita emocionada del más valeroso acompañante de Ximénez de Quesada. Esta noche hemos conocido el rico caudal de valores espirituales y la densidad humana que regían sus acciones, y hemos afirmado el juicio sobre el verdadero conquistador, frente a ese otro mo-

delo que, creado pérfidamente, a impulsos de la calumnia, se sostiene en el tiempo, desde el P. Las Casas, por los serviles alimentadores de la leyenda negra española. Es por eso, por lo que, así como el estudio de las historias locales es lo que más ayuda presta al conocimiento de la historia general de un país, de igual modo, conocer las vidas de estos capitanes y soldados, que en mínimas escuadras —recordemos a Olalla en la aventura de la sierra de Opón— o individualmente, fueron los realizadores de pasmosos hechos en el dispositivo de conquista del Caudillo Jefe de la expedición, sería la manera, quizá más eficiente, de lograr un firme y desapasionado juicio de la actuación de nuestros hombres en la obra americana, por lo que se hace preciso ir las sacando de los archivos y bibliotecas y compilar cuantas noticias sobre los mismos se encuentran ignoradas en los primeros y esparcidas en los relatos de los cronistas más próximos, a veces testigos de los sucesos que narran, y difundir, con fidelidad, quiénes y cómo fueron aquellos españoles que en América hicieron «proezas, que —como precisa el historiador Charles F. Lummis— no tienen paralelo con las de ningún otro pueblo». Y así —advierte M. Pidal— «en vez de polemizar contra la leyenda negra española, hecho consumado durante cuatro siglos, difícil de reducir a la verdad histórica, mejor es esclarecer monográficamente los hechos de la conquista, procurando olvidar que tal leyenda negra existe».

Llegó el momento de alejarse ya de nuestro contorno la visión recibida de este gran capitán. En su homenaje, y para terminar, voy a servirme de unas elevadas y rotundas estrofas de Agustín de Foxá, en su poema «Los caballeros de la imprudencia»:

«Estos que dieron nombre a la tierra,
cruz a los montes, sentencia al mar,
son los que hicieron, jugando a guerra,
anchas Castillas por Ultramar.

Estos, sí, fueron estirpe y raza,
trajes de hierro, fuego español.
Fueron la espada contra la maza;
la Eucaristía contra el Dios-Sol.

¡Ay del que ataje su valentía!,
que es más que el Ande su corazón,
y llevan vírgenes de Andalucía
atornilladas en el arzón».